

LA LITURGIA CREADORA DE UN ORDEN NUEVO (1)
(1936)

Sería casi de mal gusto, tanto se ha repetido y, en tan diversos tonos, el hablar de la crisis de nuestra civilización. Una angustia, un malestar, una inquietud indefinible se mezcla en medio de las satisfacciones que procura la civilización avanzada en que vivimos. Dentro de la evolución histórica de nuestro tiempo parece germinar un proceso de destrucción.

No entremos a estudiar las características de ese proceso, ni las complejas causas que lo han producido, ni el término fatal adonde se dirige —tales materias no miran el objeto de este trabajo—, sino más bien preguntémonos cuál es la actitud que ante él corresponde al cristiano que con mirada de fe escruta el campo de la historia para sacar del pasado las lecciones y acumular con esperanza los elementos de construcción del porvenir.

Jacques Maritain (2), el maestro de las nuevas generaciones, nos dice que la Iglesia, tomando conciencia de su posición ante la historia presente, la toma contra el materialismo capitalista y el materialismo comunista, que es su consecuencia. De ese mundo devorado por la sed del oro, orientado únicamente hacia la posesión de bienes terrenos, el filósofo francés nos dice con frase evangélica, "jam Judicatus est" (3). La conciencia cristiana, añade, levanta el acta de ese juicio. Y termina diciendo que el cadáver de cuatro siglos de trabajo y dolor, de belleza, de heroísmo y de crímenes sea enterrado por otros muertos, con discursos, conferencias, guerras, fuegos de artificio o banderas rojas. La Iglesia comprende la melancolía del espectáculo, pero no se detiene a contemplarlo ni se sienta a llorar sobre esas ruinas, pues es hacia la vida, hacia donde Ella se ha orientado.

De esa vida, es de la que deseo hablaros hoy.

El mensaje de Cristo al mundo para establecer un orden nuevo y sobre las ruinas del paganismo, fue un mensaje de vida; el mensaje de los cristianos al mundo presente para establecer ese mismo orden, siempre nuevo, sobre las ruinas del materialismo actual debe ser igualmente un mensaje de vida. Y entendámoslo bien; nuestro mensaje será oído de nuestro tiempo, tendrá vibraciones de resurrección como la palabra del Maestro sobre la

(1) Publicado en "Estudios" p. 36-49.

(2) Maritain, Jacques. Filósofo francés contemporáneo, convertido al cristianismo y muerto en 1973. Se ocupó de proyectar el cristianismo a la vida política y tiene gran influjo mundial.

(3) tr.: "ya ha sido juzgado": *Jn.* 16, 11.

tumba de Lázaro a condición y a medida que la vida palpita en él porque "Nuestro Dios no es Dios de muertos, sino de "vivos" (4). No de otro modo daba el Evangelista su mensaje en su Epístola primera:

"Lo que fue desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos y contemplamos y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida, vida que se hizo patente y así la vimos y damos de ella testimonio y os evangelizamos esta vida eterna la cual estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros; esto que vimos y oímos es lo que os anunciamos" (5).

La creación de un orden nuevo es la transmisión de un mensaje de vida.

Yo no quisiera, en esta ocasión, ni en ninguna otra, tomar la antipática y no difícil tarea de criticar, pero no podría hablaros de ese mensaje de vida que debemos con urgencia transmitir al mundo presente y lanzar sobre el que está en gestación, sin que juntos hiciéramos un examen de conciencia, valiente y sincero, porque es cristiano, de muchos mensajes que arrojamamos al mundo y que éste no alcanza a percibir. El por qué de esta no percepción es lo que debemos en este instante investigar.

Quizás pocos siglos de la historia de la Iglesia, han conocido una floración mayor de obras en el campo de la acción y de plegarias y devociones en el campo de la piedad que los últimos que hemos vivido. ¿Corresponde el resultado a la actividad desplegada? Terrible pregunta que lleva a una inquietante respuesta. No quisiera contestarla mirando el campo opuesto, la ciudad del mal que alza hoy como nunca las torres desafiantes de un neopaganismo que como marea creciente inunda todos los ámbitos de la vida humana, ni tampoco responder señalando la terrible apostasía de las masas "el mayor escándalo del siglo XX", al decir del Pontífice actual (6); mi respuesta miraría el campo interior del catolicismo y se formularía en otras preguntas: ¿existe el sentido cristiano de la vida, el "sensus Christi" (7) de que nos habla el apóstol, en la gran masa de los fieles que oran y creen? ¿sienten estos tales su dignidad de hijos de Dios, su incorporación a Jesucristo, su participación en la vida del Cuerpo Místico, donde han sido injertados por el bautismo? ¿Piensan y sienten en cristiano y como tales, tienen su actitud ante la vida?

Si no es así, si en vez de esa actitud hay muchas fórmulas vacías de espíritu, muchas prácticas cristianas sin cristianismo interior, muchas vidas como el pergamino del poeta de Dostoviesky (8), por fuera llevan los salmos de la penitencia, pero bajo éstos aparecen los himnos a afrodita. Si a menudo, se busca a la Iglesia como la oficina que nos da el salvoconducto para

(4) Mt. 22, 32.

(5) 1 Jn. 1, 1 - 2.

(6) Papa Pío XI.

(7) tr.: "el sentido de Cristo".

(8) Dostoievsky, literato ruso, que vivió entre 1822 y 1881, de gran profundidad psicológica. Suyas son "Crimen y castigo", "La Casa de los muertos", "Los Hermanos Karamazov". Al final de su vida, preconizó el cristianismo.

un cielo que más se teme perder que se ama alcanzar y se olvida que Ella es el cuerpo animado de las energías vivificantes de Jesús; si en una palabra, el espíritu auténtico de Cristo, de su Evangelio no alienta en el corazón de esa masa que lo invoca con los labios y recurre a El en ciertas circunstancias, señal es que entre tantos mensajes que los cristianos, no la Iglesia, han enviado sobre el mundo moderno no resonaba como era debido el mensaje por excelencia, el que llevaba en plenitud de la vida.

Resonó en los primeros siglos de la Iglesia cuando un orden nuevo se gestaba entre la disgregación de un desorden que moría, lo afirmaron con santa arrogancia Tertuliano (9) y Lactancio (10), intérpretes del sentir de los fieles: "non multum loquimur sed vivimus" (11), dice uno, "lo que hay de grande entre nosotros, añade el otro, no es, sino la elocuencia de la vida". Lo escucharon las selvas de Europa de entonces, donde entre bárbaros recién convertidos resonaba el mensaje que hacía inclinar su cabeza al fiero sicambro; lo contempló la Edad Media "enorme y delicada" (12) que en sus catedrales de piedra, poema colectivo, abrió la ojiva, pupila que le sirvió para mirar al cielo; lo escuchará el mundo nuevo que está por nacer si nosotros sabemos impregnarnos de su acento y recordar que nuestras palabras tienen eco sólo cuando en ellas palpitan las vibraciones eternas del Espíritu de Dios que crea y renueva la faz de la tierra.

Pero me preguntaréis, ¿cuál es ese mensaje de vida, que el cristiano debe dar al mundo de su tiempo?

El apóstol en su Epístola a los Efesios, tembloroso "dobla su rodilla ante el Padre del Señor nuestro Jesucristo" (13) porque a él, el más pequeño entre los justos, le ha sido dada la gracia incomparable de anunciar a los pueblos, la dispensación del misterio que de todos los siglos estaba escondido en Dios y que ahora se ha manifestado. Ese misterio que Cristo revela y que el apóstol predica, constituye el gran mensaje evangélico que los Doce y sus continuadores deben hacer conocer. El misterio de Cristo, el gran mensaje de vida, es que el Verbo de Dios hecho hombre, redentor y restaurador de la raza humana, para "estar con nosotros hasta la consumación de los siglos", se ha unido a la Iglesia, sociedad divina por El fundada que ha de continuar su vida y transmitir su mensaje, siendo a través de los siglos como la Encarnación permanente del Hijo de Dios.

La Iglesia, no es simplemente una sociedad religiosa organizada por un hombre, aun cuando éste fuese un enviado divino de quien hubiera recibido el impulso primero. Ella no es la obra viviente de un maestro desaparecido. La Iglesia es Cristo mismo viviente, aun invisiblemente su vida mística sobre la tierra; la Iglesia es el cuerpo del cual Cristo es a la vez la cabeza, el principio de vida y de unidad. Vida mística de Cristo la que ahí se

(9) Tertuliano. Apologista nacido en Cartago hacia 160. Es un pensador cristiano muy original y de gran fecundidad. Se hace montanista. De carácter muy combativo.

(10) Lactancio. Escritor cristiano de principios del s. IV, nacido en Africa. Es preceptor y luego se convierte. De tendencia apologética.

(11) tr.: "no hablamos mucho, sino que vivimos".

(12) Verlaine.

(13) Ef. 3, 14.

contiene tan real y verdadera, sin embargo, como su eterna vida divina y su vida humana, antes pasible, hoy glorificada. En esta vida de la Iglesia de Cristo se desarrolla y se completa por nosotros, cristianos, los miembros de su místico Cuerpo que con El formamos esa misteriosa e indestructible unidad que se llama Cristo total (14).

¿Qué es la Iglesia?, pregunta Bossuet (15), y responde: Es la asamblea de los hijos de Dios, el ejército del Dios vivo, su reino, su ciudad, su templo, su trono, su santuario, su tabernáculo. Digamos algo más profundo: "La Iglesia es Jesucristo, pero Jesucristo extendido y comunicado" (16).

El mensaje es éste: hacer comprender al mundo y a los cristianos en particular, que sólo en la Iglesia, organismo visible, comunidad viviente, lo divino llega hasta nosotros para levantarnos de nuestra postración y hacernos sentir la palabra vivificante del Espíritu, Cristo, Verbo de Dios, mensaje único del Eterno, que después de "haber hablado a nuestros padres por los profetas, nos habló en la plenitud de los tiempos por su hijo" (17).

La posición fundamental del catolicismo al decir de Karl Adam (18), se resume en esta frase: "yo encuentro al Dios vivo a través de Cristo que obra en su Iglesia". Tal es el gran mensaje de vida.

Quizás, más de alguno habrá pensado que el tema técnico que vengo desarrollando, poca importancia práctica representa y menos aún dice al objeto principal que nos ocupa; la Sagrada Liturgia. En cuanto a lo técnico, soy un convencido, que nada tiene mayor trascendencia en la marcha de la humanidad que las doctrinas; que son los principios los que muevan al mundo y no las reglas y normas, y que si queremos hacer obra profunda no es por la actividad inquieta y superficial como lo lograremos sino por la acción que brota y procede del pensamiento.

Pues, bien, si el gran mensaje de vida es ir a Dios por Cristo en la Iglesia, se sigue que la acción del cristianismo sobre el mundo será eficaz en la medida que lo acerque a este principio. Y aquí tenemos las tragedias de nuestro tiempo. Para gran número de creyentes la Iglesia no significa esa suprema realidad fuente de vida, sino tan sólo lo que Guardini llama "la oficina de lo espiritual" o diremos con el mismo autor "muchos viven en la Iglesia, pero pocos viven de la Iglesia". Se ha olvidado a menudo su genuino y verdadero concepto de cuerpo Místico de Cristo, se ha buscado con exceso su manifestación exterior.

"Cuántos creyentes, diremos con Karl Adam, no poseen la percepción viva del misterio propio de la Iglesia, del lazo esencial que los une a ellos y a todos los miembros de la Iglesia con la cabeza, Cristo, y pierden el sentido práctico de ser como llevados ellos mismos en la Comunión de vida con los otros miembros".

(14) Cfr.: *Col.* 1, 8; *Ef.* 1, 22; *Col.* 1, 24; *Ef.* 5, 23; *1 Co.* 16, 13 - 27; *Ef.* 4, 12; *Rm.* 12, 4; *Ef.* 5, 25; 29 - ss.; *1 Co.* 12, 12.

(15) Bossuet.

(16) Bossuet, "*Notes sur L'Eglise*" - Lebarq IV.

(17) *Hb.* 1, 1 - 2.

(18) Adam, Karl: teólogo alemán contemporáneo.

"Por ahí mismo se debilita en la vida cristiana, (dice el mismo autor), el sentido de la unión por la gracia, de la comunidad sobrenatural de vida, de la comunión santificante de los cristianos entre ellos en Cristo. El fiel no tiene ya una conciencia suficiente de su unión a Cristo, Su cabeza, y a los otros miembros del Cuerpo Místico.

Con relación a Cristo y a sus miembros tiene la impresión del "yo" y no del "nosotros". La Comunión de las almas, la unidad del Espíritu, la Comunidad de la caridad y de la paz, que los Pablo, los Ignacio de Antioquía, los Ciprianos y los Agustín, esos ilustres representantes del verdadero espíritu cristiano, han siempre celebrado con entusiasmo como el beneficio inapreciable de la Redención, cesan de ser al menos suficiente, un elemento esencial de la conciencia cristiana" (19).

¿Cómo extrañarnos, entonces, del fenómeno que antes señalaba, que habiendo aumentado las obras de apostolado, y las prácticas de devoción, el verdadero espíritu cristiano no haya tenido igual progreso?

Yo únicamente respondo; todas esas obras y devociones ¿nos han llevado a vivir la Iglesia, el misterio de Cristo, el íntimo contenido de su mensaje de vida, o dejándonos en la superficialidad de ciertas prácticas, no nos han hecho penetrar en lo hondo de la vida de la Iglesia, que es darnos la conciencia de la unión íntima con Cristo, para servir y movernos en El?

Las obras y devociones cristianizan en el mismo grado en que nos acercan a Cristo y acercan a Cristo en la medida que el influjo de la Iglesia impera en Ellas.

Si queremos con la horrible incertidumbre del presente levantar los cimientos de un orden nuevo, no vayamos a sentarlo sobre los frágiles fundamentos de esos mensajes que el mundo no ha captado, por no llevar ellos suficientemente la vida de la Iglesia; acerquémonos en cambio a esa fuente rica que de ella brota pues ahí se realiza la sublime palabra del profeta "haurietis aquas in gaudio, de fontibus Salvatoris" (20).

Las palabras de un Padre de la Iglesia griega, San Epifanio (21), deben brillar como norma suprema en nuestro trabajo de construcción de ese orden: "La Santa Iglesia Católica, dice, es el comienzo y la razón de ser de todas las cosas", y en consecuencia "el cristiano se degrada y perece en la medida que está menos unido a la Iglesia, universo y medio vital de todo fiel" (22).

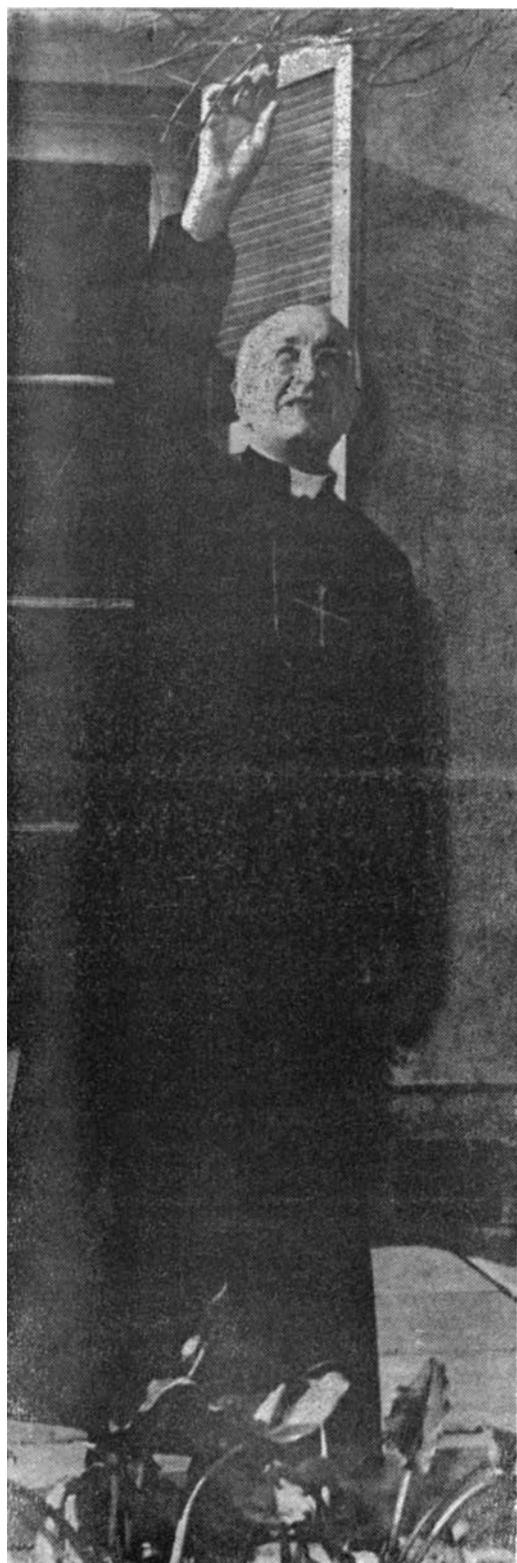
Ahora bien, la vida de la Iglesia se manifiesta en la Liturgia: Ella es la expresión de un amor que brota del corazón de la Inmaculada Esposa de Cristo, de una paz que es reflejo de la celeste Jerusalem a donde nos conduce, de una alegría que vibra y canta y hace que mediante sus acentos el hombre encuentre la plenitud de la vida.

(19) Adam, Karl: *"Le Christ, notre Frere"*, p. 49.

(20) tr.: "id a beber con alegría las aguas que brotan de la fuente del Salvador": *Is. 12, 3.*

(21) San Epifanio. 315 - 405. Estudió en Egipto ascética y en Alejandría, Sagradas Escrituras. Obispo de Salamina en Chipre en 367. Visitó al Papa Dámaso con ocasión del cisma de Antioquía.

(22) P. Clerissac: *"Le Mystere de L'Eglise"*, p. 3.



"He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia".

San Ignacio de Antioquía (23), el mártir del II siglo, cuyos labios están humedecidos con las tradiciones apostólicas bebidas en su fuente, concibe la Iglesia como una inmensa sinfonía.

“Nam memorable vestrum presbyterium, dignum Deo, ita coaptatum est Episcopo ut cordae citharae. Propter hoc in consensu vestro et concordi charitare Jesus Christus canitur. Sed et vos singuli chorus estote, ut, consoni parconcordiam, melos Dei recipientes in unitate, cantetis voce una per Jesum Christum Patri” (24).

Maravillosa y real visión de la Iglesia que nos explica la misión de su liturgia; por lo visible llevarnos a lo invisible, por el gesto a la cosa significada, por el símbolo a la realidad. Ella nos dice que la Iglesia con su vida íntima, su pensamiento, sus aspiraciones, su tradición con toda su alma se ha cristalizado en su lengua, que es la oración y precisamente la oración litúrgica, y que en consecuencia entrar en contacto con la Liturgia es penetrar en lo más íntimo de la vida de la Iglesia, llegar, si así podemos decir, hasta su mismo corazón.

La liturgia es en realidad la pulsación del alma de la Iglesia. Ella hace que bajo signos visibles aparezca ante el alma lo invisible, que los símbolos cargados de señales nos expresen la acción oculta de la gracia, que lo divino llegue hasta nosotros por medio de lo humano, y así a través de sus oraciones y sus ritos se despliegue ante nosotros el plan sublime de la Redención.

Los cristianos de los siglos primeros, que tan íntimo contacto tuvieron con la Liturgia sagrada en la cual bebieron su fe y su heroísmo, comprendieron como pocos el misterio de la Iglesia y por esto su mensaje tuvo eco tan profundo en el mundo de su tiempo cuando de noche en las sombrías catacumbas o en el modesto oratorio se reunían penetrados de su significación, para asistir al sacrificio y recibir en él la Comunión, ellos se sentían verdaderos hermanos en Cristo, miembros de un mismo cuerpo, participantes de una misma vida, unidos entre sí en el organismo divino de la Iglesia y en la litúrgica oblación con Cristo y con la Iglesia ofrecían al Padre la hostia y el cáliz.

De esas catacumbas y capillas en lenta gestación de tres siglos, bajo la acción vivificante de la Liturgia comprendida y vivida, brotó un orden nuevo, como brota la espiga del grano oculto bajo la tierra pero besado por la lluvia y el sol fecundadores.

(23) Ignacio de Antioquía. Obispo de Antioquía. Mártir de principios del s. II. Padre Apostólico. Ejemplo de humildad y sacrificio por la fe. Célebre por su sentido jerárquico de la Iglesia.

(24) tr.: “Así fue el conjunto de vuestros sacerdotes, agradable y digno de Dios, está unido y conformado al Obispo, como las cuerdas a la cítara. Por esto, en el concierto de nuestras almas y en nuestra unánime caridad, Jesucristo es cantado. Pero vosotros mismos sed cada uno un coro, a fin de que puestos en acorde, por la unión de corazones, y recibiendo en la unidad la armonía de Dios, cantéis con una sola voz al Padre por Jesucristo. . .”. *Ef. 4.*

Cuando un día la basílica cristiana surgió del suelo ensangrentado de Roma, era el símbolo de ese orden nuevo amasado en cánticos y plegarias, ritos y símbolos, en la participación activa del altar a menudo, se completaba en la oblación sangrienta del Circo.

Las hordas bárbaras precipitadas sobre Europa arrasaron el esplendor material de sus ciudades, pero en medio de los escombros quizás aun más pura, porque más libre de peso terrestre, siguió resonando su liturgia y podemos afirmar con Festugières (25) que "la historia de la conversión de Europa medieval es la historia de la oración social de un coro sobre una asistencia de fieles" (26).

De las hordas bárbaras del imperio convertido nació ese nuevo orden social llamado Edad Media que se resume en Roma, la ciudad Esposa capital de la cristiandad.

"Las dos ciudades se unen y forman un resumen del plan divino. Roma reviste un ser nuevo, espiritual, simbólico, abrazando todos los tiempos y extendiéndose aún más allá. El mensaje de la Edad Media es la relación de todas las cosas" (27).

El orden nuevo que en ella culmina se expresa sobre todo en su liturgia. La Catedral, centro de esa liturgia, es el poema colectivo que expresa su espíritu plasmado en la oración social; ahí el creyente bebe su fe reflejada como maravilloso catecismo de imágenes en los polícromos vitrales, ahí forma el sentido social en esa oración que nunca dice "yo" sino siempre "nosotros", ahí adquiere esa visión de eternidad con la cual mira al mundo que pasa, ahí templeta clamor cívico, santifica el afecto del corazón y siente sobre las lozas que guardan el sueño de sus mayores la voz de la sangre que no orgullo de clase sino maravilloso sentido de raigambre humana dignificado y elevado por Dios.

El Padre de la Edad Media, San Gregorio el grande (28), el hombre que representa la unión de dos mundos, el antiguo del cual salva lo que debilita y debía conservarse y al nuevo, cuyas bases fundamentales coloca, pone como cimiento de su inmensa obra constructora de codificación y reforma del canto que lleva su nombre y la Edad Media, en ese canto litúrgico que resuena en sus templos y abadías forma las notas salientes de su espíritu.

"Matemáticamente, físicamente, moralmente, dice el cardenal Maffi (29), el unísono es el Supremo acorde. Un pueblo que canta con una sola voz es un pueblo potente y grande porque tiene un solo corazón".

(25) Festugières. Monje benedictino de Maredsous. Liturgo de comienzos de siglo.

(26) Festugières, *"La Liturgie Catholique"*, p. 66.

(27) P. Clerissac, *op. cit.* p. 127.

(28) San Gregorio Magno. Papa Gregorio I. Uno de los cuatro principales doctores de la Iglesia Occidental. Nació hacia el 540. Muerto en 604. Cardenal en 577, y Papa desde 590.

(29) Card. Maffi.

Tal lo que fue la Edad Media.

Fue un mensaje de vida. Su espíritu sigue siendo hoy el ideal del orden nuevo que anhelamos y el espíritu de la Edad Media, porque inspirado en la Iglesia, fue ante todo litúrgico.

La liturgia es la base del genuino espíritu cristiano y por tanto la más magnífica expresión de la Iglesia, justamente porque en Ella encontramos el contacto íntimo con Cristo que es el alfa y omega de nuestra religión.

Yo quisiera, aunque brevemente, detenerme en esta idea para levantar con ella un cargo que con frecuencia se hace a los que trabajan por difundir el espíritu de la liturgia.

No es por "dilettantismo" (30) artístico ni por darse el placer de escuchar un buen coro gregoriano que se acude a la sagrada liturgia; es por unirse a Jesús y compenetrarse de su vida, es por santificar las almas por el medio auténtico establecido por lo que se trata de conducir las allí.

"La liturgia católica no es solamente un recuerdo filial de Cristo, sino una real participación bajo formas sensibles misteriosas a Jesús y a su fuerza redentora; es un contacto reconfortante del borde de su túnica, un contacto libertador de sus santas heridas. El verdadero, el profundo sentido de la liturgia católica es hacer de toda la vida de Cristo una realidad presente, sensible y operante" (31).

Sólo cuando la liturgia ocupe en nuestras vidas y ambientes el lugar que la Iglesia, no los hombres, le señala, nos penetraremos del principio fundamental que inspira la educación, enseñanza, predicación, disciplina y apostolado de la Iglesia; hacer del creyente otro Cristo en el hombre, que es carne y sangre para encarnar a Jesús en cada uno "Filioli mei quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis" (32).

Si muchas actividades católicas no dan el resultado que apetecen, si muchas educaciones sedicentes católicas forman una masa de semipaganos que ni siquiera comprenden y viven el estado de gracia, es porque esas actividades aun persiguiendo fines elevados no van al fin supremo, formar a Cristo en cada alma y ese fin se ha olvidado u obscurecido porque la liturgia "fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano", según Pío X, no siempre ocupa en la educación, piedad y vida, el lugar preponderante, que en el plan redentor le corresponde.

Pero, me preguntarán, ¿cómo puede la liturgia crear ese orden nuevo de justicia y paz que anhelamos, tan diverso a la dispersión materialista en que hoy nos debatimos?

Mi respuesta será tan sólo señalaros las condiciones que dicho orden exige y las relaciones que éstas tienen con la liturgia.

El orden social cristiano, que he llamado nuevo, con vocablo que se ha hecho común, en los autores de este tiempo, empleado no hace mucho

(30) Sólo apariencia en el saber, inautenticidad del mismo.

(31) Adam, Karl: "*Le vrai visage*", p. 32.

(32) tr.: "Hijitos míos, a quienes de nuevo engendro hasta que Cristo sea formado en vosotros": *Ga. 4, 19*.

por el E. M. M. Cardenal Verdier (33), que he llamado nuevo digo, para expresar que nuestro ideal poco tiene que ver con el desorden actual, debe cumplir las siguientes condiciones; apoyarse sobre las raíces profundas (ontológicas) del hombre; ser humano, y basarse en el fundamento sobrenatural del mismo; ser cristiano; hacer comprender el sentido de lo colectivo; ser social y orientar al hombre más allá de esta vida; ser eterno.

El movimiento litúrgico actual cumple estas condiciones y eso nos explica su resonancia. El mundo moderno extenuado por siglos de invidualismo creciente y autointoxicado del yo, con su inteligencia debilitada por sistemas filosóficos que lo conducían al escepticismo total, sentía en forma algo que brotara de lo íntimo de su ser, pero que lo levantase sobre sí mismo, algo que le diese el sentido de lo colectivo y lo llevase hasta Dios.

Sólo la Iglesia Católica podía satisfacer esa exigencia y la liturgia, rostro por el cual se asoma su alma, invitaba acercarse a Ella.

“Es una necesidad interna, escribe Guardini (34), la que ha hecho a nuestro tiempo, maduro para la liturgia. Este movimiento litúrgico no ha sido hecho, ha nacido, brotado, de un querer universal de vida verdadera y plenamente católica”.

La liturgia lleva a la Iglesia y al Orden siempre nuevo que ella repugna. La Iglesia que para muchos fieles era algo muerto, unas cuantas prácticas con poca significación sobre la vida aparece mediante la participación litúrgica en su verdadero concepto. La vida litúrgica prepara el establecimiento de un orden auténticamente cristiano “dando la conciencia de vivir en unión profunda con la Iglesia”,

“sentire cum Ecclesia” y restaurando el sentimiento auténtico de la disciplina cristiana. Muchas verdades olvidadas e insensiblemente veladas por esa débil capa de polvo que sepulta los objetos espirituales a los cuales una ardiente, activa y familiar contemplación no mantiene en su sitio, en el primer lugar del alma, han vuelto a adquirir su fuerza y juventud. Se ha vuelto a encontrar el sentido de los textos de los cuales se había alejado la misteriosa y soberana fraternidad, el valor de lazo social de la Eucaristía ha sido nuevamente sentido. La Iglesia aparece a los ojos del fiel como la casa, la que abriga, la que alimenta; ahí, en ella, el fiel está en su casa unido al pueblo inmenso de sus hermanos, en la participación al misterio de la hostia, sentado a la misma mesa, habitando con su corazón alegre esa morada que le revelaba de nuevo la hospitalaria plenitud de su sentido católico” (35).

La liturgia tiene un profundo sentido humano. Ella le enseña al hombre, lo que la civilización actual le ha hecho olvidar, ser hombre; antes que Carrel nos hablara “de ese desconocido, que era el hombre”, ya la liturgia

(33) Verdier, Card. Nacido en 1864, Cardenal bajo Pío XI; en 1929, Arzobispo de París.

(34) Guardini, Romano: teólogo católico alemán contemporáneo.

(35) D. Harcourt, prólogo a Guardini 7.

nos enseñaba que toda la civilización debe comenzar por ser humana y prácticamente nos hacía recordar el principio teológico que “la gracia no destruye, sino perfecciona la naturaleza” (36).

¡Qué profundo contenido psicológico encierra la liturgia! Ella toma al hombre todo entero, habla a su inteligencia, mueve su voluntad, enciende sus afectos estableciendo un maravilloso equilibrio entre todas las facultades para que de esa armonía brote la oración que arranca de lo más íntimo del hombre; la oración que no es fórmula, que resume y expresa todas las ansias más íntimas del ser.

En ninguna composición humana resuena más fuerte y pura la voz de la naturaleza que en los Salmos, que forman la trama principal de la plegaria litúrgica.

“Todo el hombre está ahí, el hombre tal cual es. El alma ahí se revela crudamente, con sus alternativas de valor y desaliento, de alegría y tristeza, de nobleza y de pecado, de exaltación por el bien y abatimiento en la debilidad” (37).

Miremos la liturgia de los sacramentos y en sus palabras rituales encontraremos un admirable sentido de lo natural. Las cosas son llamadas por su nombre.

“El hombre es falta y debilidades y así lo ve y lo percibe la liturgia. Toda su naturaleza es el más desconcertante y enigmático tejido de noblezas y miserias, de elevación y de bajezas y tal lo encontramos en la oración de la Iglesia. Ella no nos ofrece de la humanidad una imagen idealizada, cuidadosamente expurgada de toda aspereza y de toda tara; es del hombre tal cual es de lo que ella se ocupa” (38).

Cuando pienso que lo que se llama hoy “civilización” reposa sobre la teoría sobrenatural de un Rousseau, me explico que nos haya dado como fruto una de las más inhumanas, siento más que nunca el ansia de gritaros sobre todo a vosotros juventud: id a beber en la Iglesia, en su liturgia que es su pedagogía oficial, los elementos de ese orden nuevo que soñáis, aprended en él su primer elemento de humanidad, y haréis obra grande. No vayáis a mendigar a la doctrina pasajera la eterna verdad que llevamos dentro.

La liturgia, aunque expresión de la vida sobrenatural, es también expresión de la verdadera cultura humana, que se caracteriza por la amplitud del campo intelectual, el dominio interno del pensamiento, de la voluntad y la emoción; junto a esta primera característica la segunda: es sobrenatural.

El orden social cristiano no es tan sólo un orden humano en el cual se admite a la Iglesia porque predica una moral que refrena las pasiones,

(36) Carrel, Alexis. Médico converso. Antropólogo cristiano, escritor de *“La incógnita del hombre”*. Se enfrenta a la corriente racionalista de fines del siglo XIX.

(37) Guardini, p. 130.

(38) Guardini, p. 131.

es el orden humano que no olvida que el hombre ha sido regenerado por Jesucristo, elevado a la vida de la gracia y destinado a la imperecedera vida de la visión de Dios. Todo programa de reconstrucción que desconozca a la Iglesia su misión sobrenatural y divina en el campo individual y social por más consideraciones humanas de respeto que la rodee no responde al programa de su orden social cristiano.

Ahora bien, nada como la liturgia recuerda esta verdad. Toda ella está impregnada de sentido sobrenatural, ella transfigura lo humano que a su contacto adquiere caracteres divinos; ella enseña a la humanidad a orar.

Tomo las palabras de un convertido, Van der Meer de Walcheren (39), el amigo de León Bloy (40):

“Ved la Iglesia con su liturgia. La Iglesia que engloba la realidad humana y la realidad divina. Ella es la Madre de los hombres, pero Ella es la Esposa de Dios y por su liturgia ella sacia en modo sobreabundante todos los deseos y todas las sedes del alma.

Por esta misma liturgia, la Iglesia toma todo lo creado, la materia misma que con nosotros fue arrastrada en la caída. La Iglesia la purifica, la lleva a Dios y a su Creador, y la obliga a sentirlo y adorarlo. Ella abraza al mundo y al hombre. Ella levanta las artes hasta su más alto poder. Ella toma los libros santos para enseñar y para orar. Ella emplea el lino purísimo y la cera de las abejas, el agua y el color de los ornamentos, el canto y los metales vulgares y preciosos; ella da una voz a la vida interior y la ordena armoniosamente, ella levanta catedrales y ordena las procesiones y gestos, ella suena las campanas, ella traduce en símbolos y en realidades expresivas la historia de Jesús e introduce el alma en esa vida del Hombre-Dios con sus misterios gozosos, dolorosos y gloriosos. Ella habla de la Santísima Trinidad y bendice la sal y la ceniza. Ella asiste al alma en la agonía; ella bendice el fuego nuevo, ella canta en la alabanza y ella suplica humildemente. Ella construye el año como una catedral de oraciones”.

El verdadero orden social debe basarse en ese concepto sobrenatural de la vida, en esa orientación del hombre hacia Dios su último fin, debe hacer que el primado de lo espiritual contenido en la Iglesia se refleje en sus actividades y así el hombre perciba libremente los frutos divinos de la Redención.

Contra ese concepto se alzó el laicismo, la gran herejía social de nuestros tiempos, y contra ese error lucha la liturgia, que es la proclamación abierta, pública, solemne del reinado de Jesús.

La liturgia es la afirmación rotunda de un pueblo que cree, de una sociedad que adora, de un orden social que proclama el principio evangélico, de buscar ante todo el reinado de Dios y su justicia.

El segundo elemento de un orden nuevo nos lo da ella. Ahí encontramos la reivindicación serena de lo espiritual. En la época de las grandes

(39) Van der Meer de Walcheren, Peter. Converso holandés. Discípulo de León Bloy. Nacido en 1880. Tentó en 1934 una experiencia monástica que luego dejó. Se hizo sacerdote en 1954. Muerto en 1971.

(40) León Bloy. Novelista francés converso de comienzos de siglo.

turbaciones, la serena armonía de su oración, de sus cantos y de sus ritos hacen encontrar al alma enferma su remedio. El hombre por instinto, en medio de la inquietud levanta los ojos hacia el lugar donde no existe turbación.

La liturgia enseña a orar y en su lección nos enseña el significado verdadero de lo colectivo. Lo que el hombre moderno, "ese lobo aullando de desesperación al infinito", como lo llamó Hesse (41), lo que necesita ante todo es orar.

Con razón pudo decir el abad de María Laakh, Don Ildelfonso Herygen, al iniciar sus grandes publicaciones litúrgicas "*Ecclesia Orans*" (La Iglesia que ora):

"Lo que el mundo moderno entregado al desencadenamiento de la bestia humana y que ha querido dar al mundo un remedio de religión, no logra aplacar la nostalgia mística de sus corazones. El grito de llamada a Dios repercute por doquiera. Pero, ¿dónde está el camino a la oración? Era necesario enseñarle el verdadero puente perpetuo entre la creatura y la eternidad. El mundo moderno sentía vivamente el mal de la dispersión individualista. El individuo del Renacimiento y del Liberalismo había hecho su tiempo, el hombre veía que la personalidad tenía necesidad para madurar, del apoyo de una institución objetiva, él aspiraba al colectivo. Lo buscó en el socialismo. Error de ruta. El socialismo no era sino un agregado de átomos, una adición numérica de efectivos, un cuadro. El principio vital y motor le faltaba. Lo que se necesitaba era el colectivo viviente, o sea a la Iglesia. La Iglesia conjuntamente sociedad colectiva y cuerpo vivo distribuyendo su sangre a todos sus miembros y esto se lo dio su liturgia. Ella enseña al hombre lo que ni el marxismo ni ninguna otra forma abierta o velada de socialismo podrá darle. La liturgia es una comunidad que ora, ofrece, canta, se inmola y ruega. En ella encuentra el cristiano la realización práctica de la doctrina social del Evangelio".

¿Se podrá acusar de exageración al que afirme que no habremos solucionado el problema social mientras no exista previamente un espíritu, se adquiera principalmente en la vida litúrgica que es la manifestación más alta del espíritu social de la Iglesia?

El gran Cardenal Pie (42) no dudaba en afirmar que la condición necesaria para la restauración del derecho cristiano era la gran vuelta de los fieles a la liturgia y añadía:

"La cuestión social no será resuelta sino por la cuestión religiosa y la cuestión religiosa depende sobre todo de una cuestión de culto", y terminaba diciendo: "El porvenir de Francia depende más de lo que se piensa del problema litúrgico".

Y así, en esa oración, publica la paz.

(41) Hesse, Herman. Literato alemán contemporáneo, muy influenciado por la filosofía de Nietzsche. Es autor de "Demian", "El Lobo Estepario", etc.

(42) Pie, Card. Arzobispo de Poitiers, Francia, del siglo pasado.

L A M I S A (1)
LA PARTICIPACION ACTIVA DE LOS FIELES
(1940)

Los graves males religiosos y morales que afligen a nuestra época, nos obligan a estudiar sus causas para tratar de darles eficaz remedio. Una, entre ellas nos preocupa especialmente y sobre su solución deseamos, amados hijos, hablaros en esta carta pastoral: el alejamiento de los fieles de la oración oficial de la Iglesia y la necesidad en consecuencia de volver a esa participación activa en los sagrados oficios que el dogma y la experiencia nos muestran como rica fuente de verdadera vida cristiana.

Diversas causas, que no son del caso exponer en esta ocasión, han hecho que una gran parte de los fieles olvide casi del todo que su calidad de miembros de la Iglesia los hace formar parte de un organismo viviente, que nadie puede ser espectador pasivo en los actos del culto, que todos deben participar activamente en la plegaria oficial que la Iglesia por Cristo eleva al Padre de los cielos.

De este desconocimiento han procedido en el orden espiritual y moral inevitables males que todos lamentamos, los cuales no son sino una consecuencia necesaria de ese alejamiento de los fieles de la participación activa en las funciones del culto que con razón Su Santidad Pío X, de santa memoria, llamó "la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano" (2).

Necesitamos reaccionar enérgicamente contra tan grave mal y para ello hemos creído necesario, mostraros como eficaz remedio la importancia de la participación de los fieles en el Santo Sacrificio de la Misa. Antes de daros las normas prácticas que por medio de esta Pastoral imponemos en toda la Diócesis, queremos recordaros algunos principios doctrinales en los cuales ellas se basan, con seguridad que la meditación de estas verdades y el fiel cumplimiento de estas normas han de traer esa renovación de la piedad y de la vida cristiana que todos anhelamos.

(1) Santiago: Imp. Chile (1940), 16 p. Apareció primero en *Revista Católica*, Santiago, mayo 1941, pág. 258 - 262; 293 - 296.

(2) *Motu proprio*; 23 - XI - 1903.

I. PRINCIPIOS DOCTRINALES EN LOS CUALES SE BASA LA PARTICIPACION ACTIVA DE LOS FIELES

1. *La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo*

Dios ha creado al hombre para vivir en sociedad. Esta necesidad social la experimenta en todos los aspectos de su vida. La elevación de su espíritu y relaciones con Dios requieren, lo mismo que el trabajo, las afecciones humanas y la educación, de una sociedad en la cual desenvolverse. Para satisfacer esta exigencia, Jesús Nuestro Señor estableció la Iglesia, sociedad viviente de los fieles.

Cristo no ha querido que en el orden religioso fuéramos privados de las incalculables ayudas que la sociedad presta bajo todas sus formas al desarrollo y felicidad del hombre y así dispuso para la vida sobrenatural el apoyo incomparable de una organización social fuerte, viva y visible instituyendo en la tierra la sociedad religiosa que El mismo llamó "su Iglesia".

Esta Iglesia ha sido constituida como un organismo sobrenatural del cual Cristo es la cabeza y los cristianos los miembros que le están unidos en la más íntima y vital comunicación. San Pablo lo llama el **Cuerpo Místico** de Cristo para expresar la perfecta solidaridad que une a todos los que a él pertenecen con Jesús su cabeza viviente. El Apóstol insiste en este pensamiento comparando a la Iglesia con el cuerpo humano. En nuestro cuerpo, dice, hay diversidad innumerable de órganos, pero animados todos de una sola vida. Este principio vital hace al ojo ver, al oído escuchar, a los pulmones respirar y al corazón, latir. Todos los órganos trabajan los unos para los otros animados de una misma vida a cuyo desarrollo todos concurren.

"Así como en un solo cuerpo, explica San Pablo, tenemos muchos miembros y que todos ellos no tienen la misma función; así nosotros, que somos muchos no hacemos sino un solo cuerpo en Cristo, y cada uno en particular somos miembros los unos de los otros según la gracia que nos ha sido dada" (3).

La misma idea recuerda en su primera Epístola a los Corintios diciendo "hay diversidad de órganos, pero existe unidad de vida" (4).

2. *El Sacrificio de Cristo*

Sólo por medio de esta Iglesia podemos ofrecer a Dios el homenaje digno de El.

(3) *1 Co. 12, 12.*

(4) *1 Co. 2, 20.*

La forma más perfecta de expresarlos es el sacrificio. Todos los pueblos y los hombres han percibido en lo más íntimo de su ser el sentimiento de su dependencia respecto de Dios y lo han expresado exteriormente por el sacrificio. El sacrificio, cualesquiera que sean las formas que reviste, exige tres elementos: una víctima que será inmolada a la Divinidad; un sacerdote que a nombre del pueblo inmola y ofrece la víctima, y un altar, lugar sagrado (alta res), que se levanta hacia Dios.

Los sacrificios de la Ley Antigua, aunque aceptos al Señor eran insuficientes. No eran un homenaje de El ni borraban el abismo que separaba la humanidad de Dios. Eran solamente sacrificios figurativos que preparaban al definitivo y perfecto: sacrificio infinito que le ofrecería la suficiente y digna reparación.

Dios envía a la tierra a su Hijo Divino. El Verbo, Segunda Persona de la Trinidad, toma nuestra naturaleza humana, el misterio de la Encarnación se realiza y este misterio hace posible nuestra Redención.

Cristo se constituye como el perfecto Sacerdote y la perfecta víctima de la Nueva Ley. Cristo es el Supremo Sacerdote elegido por Dios para ofrecer el sacrificio supremo. Es el eterno y perfecto sacerdote de la ley de gracia. Es el jefe, "nuevo Adán", de una nueva humanidad regenerada.

Es El también la víctima perfecta del sacrificio redentor. Como cabeza de la raza humana a la cual representa y con la cual se ha hecho solidario, El se ofrece por la humanidad. Su personalidad divina confiere a esta ofrenda su infinito mérito y perfección.

La sociedad de los fieles, o sea, el Cuerpo Místico de Cristo, tiene un mediador, Cristo Jesús. A nombre de todos se ofrecerá en la Cruz en Sacrificio dando así a su Padre Celestial la perfecta alabanza y reparando al mismo tiempo los pecados de la humanidad. En ese sacrificio El es al mismo tiempo el Sacerdote que ofrece y la Víctima ofrecida. Este acto sacerdotal de Jesucristo se transmite por lo que acabamos de decir en plena realidad a la Iglesia toda. "Cuando Jesús fue clavado a la cruz, lo era como cabeza del Cuerpo místico. Al llevar nuestros pecados, también nos llevaba a todos nosotros" (5), afirma San Cipriano (6).

La humanidad, manchada por el pecado original no podía llegar hasta Dios. Por medio de Cristo que se ofrece por todos en la Cruz pueden de nuevo los hombres volver hacia El. En su carácter de Dios y hombre, Jesús ofrece al Padre Celestial el sacrificio suficiente y definitivo de una vida de total obediencia que se consuma en el Calvario, oblación que el Padre acepta plenamente. De este sacrificio, Cristo es el sacerdote y la víctima. Aquí se halla para la humanidad regenerada la fuente de vida. Por este sacrificio puede el hombre rendir a Dios el homenaje perfecto de adoración y agradecimiento, encontrar la obra de propiciación por sus culpas y poner la base de la eficacia a sus plegarias.

(5) San Cipriano: *Ep.* 63.

(6) Cipriano. Obispo de Cartago. Nacido en Africa a principios del siglo III. Más que un hombre teórico es de una actividad infatigable. Gran parte de su teología la debe a Tertuliano.

3. *El Sacrificio de la Iglesia*

Este sacrificio de Cristo en la Cruz se renueva en el altar. La Misa es el memorial permanente, la prolongación viviente del Sacrificio de la Cruz que perdurará en la Iglesia hasta que Cristo venga al fin de los tiempos. La Misa, Sacrificio de la Iglesia, es la renovación del Calvario. El mismo sacerdote ofrece el sacrificio, la misma víctima se inmola, la misma ofrenda se representa a Dios. Sólo difiere la forma de la inmolación; en la última cena Cristo hizo la oblación de Sí mismo; en la Misa, un sacerdote, revestido de poder la hace a nombre de Cristo. El gesto de ofrenda de la Misa es idéntico al de la Cena.

El sacrificio de Cristo posee un valor infinito en sí mismo, pero irá completándose en extensión en cada uno de los bautizados incorporados a su Cuerpo Místico. Por esto la Iglesia ofrece hoy, para los cristianos de hoy el sacrificio único que Cristo ofreció hace dos mil años en la Cruz. La Misa, memorial de la Pasión, permite a los fieles de todos los tiempos actualizar ese sacrificio y unirse a él.

La Santa Misa es ofrecida, en primer lugar por el Sumo Eterno Sacerdote, Jesucristo; este poder lo transmitió a su Iglesia y Ella, por medio del Sacramento del Orden, al sacerdote. En la sagrada ordenación el sacerdote recibe el poder de consagrar el cuerpo y sangre del Señor y de obrar por la fuerza misma de Cristo de quien ha recibido la gracia.

Pero no sólo el sacerdote ofrece el sacrificio sino también en cierto modo los fieles que de él participan. El Bautismo da a cada cristiano un carácter imborrable que les confiere el derecho a participar en la oblación del sacrificio. No tienen como el sacerdote el poder de consagrar la Eucaristía, sino únicamente de ofrecer hostias espirituales a Dios.

La Misa es la oblación de los fieles formalmente reunidos en una comunidad sobrenatural. La Misa es el sacrificio de la Iglesia como tal, o sea, de Cristo con sus miembros los bautizados. Por el hecho de ofrecer el celebrante el sacrificio a nombre de los fieles no se desprende que éstos queden excluidos en su derecho y obligación de ofrecer. De ahí la necesidad de no permanecer pasivos en la "gran acción" (nombre que en la antigüedad se le daba a la Santa Misa) sino de saber asociarse activamente ofreciendo con el sacerdote la víctima adorable al Padre Celestial.

Pero en la Misa no sólo ofrecemos a Jesús sino también, nos ofrecemos "por El, con El y en El al Padre Omnipotente en la unidad del Espíritu Santo" (7). No nos unimos solamente a Cristo-Sacerdote sino también a Cristo-Víctima. Todas las oraciones de la ofrenda en la Sagrada Liturgia piden "que seamos aceptos" y "que nuestro sacrificio pueda agradar".

La Santa Misa es el sacrificio que la Iglesia ofrece a Dios, pero al mismo tiempo debe ser el sacrificio de cada uno de los miembros que en unión con la víctima divina hacen de su vida una perpetua y sublime oblación. La Iglesia expresa en su liturgia esa unión de los fieles al Sacrificio de Jesús por la ceremonia de mezclar una gota de agua al vino que va a ofrecerse y

(7) Palabras del Canon de la Misa.

nos hace pedir en la Misa del Lunes de Pentecostés diciendo: "Dígnate, Señor, santificar estos dones y aceptando la ofrenda de esta hostia espiritual haz de nosotros mismos una oblación eterna a vuestra gloria por Cristo Nuestro Señor".

Todo esto nos hace ver que la Santa Misa es acción colectiva y que es deber de todos los católicos participar en ella. Del mismo modo, de lo dicho se desprende, que cada cual debe asumir en forma activa la parte que le corresponde en este drama sagrado y considerar la urgencia e importancia de volver plenamente a la piedad tradicional y auténtica, la que nos hace vivir el misterio de la Iglesia y nos lleva a "beber con alegría de las fuentes que brotan del Salvador".

II. ¿COMO PARTICIPAREMOS ACTIVAMENTE EN LA MISA?

1. *Preparación doctrinal*

La participación activa de que os hemos hablado, amados hijos, no tiene valor sino en relación de la participación espiritual que le sirve de fundamento. La primera condición para participar con fruto en el Santo Sacrificio es el unírnos íntimamente a El. No basta con poner un Misal en manos de un católico, hay que hacerlo comprender y sentir los misterios que ahí se encierran. Ni basta con dialogar la Misa o entonar un hermoso coral litúrgico, hay que vibrar con lo que dice y canta. Para que la participación sea efectiva hay que conformarse en lo posible al verdadero sentido de cada acto litúrgico. Para esto es necesario que los fieles comprendan el significado de los diversos objetos sagrados, el sentido de las ceremonias que se desarrollan en la Misa, la función que los Ministros del culto realizan; en otras palabras, que asistan conscientemente a lo que es y debe ser el centro de nuestra vida cristiana.

Es imposible que los fieles saquen de la participación activa en la Misa verdadero fruto si no han sido previamente ilustrados sobre el papel que en ella les corresponde.

Debe haber una preparación doctrinal: conocer la composición de la Misa, la historia de sus Ritos y Ceremonias, el profundo sentido de sus oraciones y enseñanzas. Es triste tener que confesarlo, pero la gran masa del pueblo cristiano desconoce casi por completo las maravillas sobrenaturales que en el Santo Sacrificio se contienen y a causa de esta ignorancia no da a la Santa Misa en su vida espiritual el lugar que lógicamente debiera ocupar. En la tercera parte de esta Carta Pastoral, daremos algunas normas prácticas al respecto.

2. *Misa dialogada*

Una manera práctica y efectiva de participar activamente en la Misa es dialogarla. Sobre esta materia el Episcopado Nacional en su Pastoral Colectiva de 15 de octubre de 1936 expresa lo siguiente:

“Recuerden que la Misa ha de ser un acto intenso de vida interior por el cual nos ofrecemos a Dios en unión con Cristo que allí se ofrece e inmolada como Hostia Purísima de alabanza y reparación.

“Esta participación puede hacerse más viva cuando el pueblo reunido se une externamente al Sacerdote que celebra dialogando en común aquellas partes de la Misa en las cuales según el espíritu de la Liturgia los fieles deben tener parte activa”.

(Pastoral Colectiva sobre la Sagrada Liturgia).

La Santa Sede ha autorizado con ciertas condiciones, que luego señalaremos, esta forma de piedad. Basados en tan solemnes y auténticas declaraciones numerosos obispos y concilios particulares las han implantado en sus Diócesis. Nadie puede después de esto dudar de la licitud de dicha práctica.

La Misa dialogada tiene la ventaja de obligar a los asistentes a seguir atentamente su desarrollo, y hacerlos participar lo más directamente posible del Santo Sacrificio y de instruir mejor a las almas sobre las riquezas espirituales que la Misa encierra.

Pero es necesario en esta materia proceder con método, orden y prudencia no pretendiendo de golpe imponer una práctica a la cual hay que preparar previamente, ni excediéndose más allá de lo que la Iglesia permite dialogar.

Existe en esto un *mínimum* y un *máximum*. El *mínimum* es responder a lo mismo que debe responder al acólito. El *máximum* es, a más de estas respuestas, añadir el Gloria, Credo, Sanctus, Agnus y el “Domine non sum dignus” de la Comunión al Pueblo. Más allá de esto, el decreto de la Santa Congregación de Ritos a que hemos aludido antes, prohíbe otra dialogación. Podemos señalar tres grados en la dialogación de la Misa: el primero, que consiste en la respuesta colectiva de los asistentes, conjuntamente con el acólito, al sacerdote que celebra; el segundo, es a más de las anteriores, la recitación con el celebrante (sin alternar) del Gloria, Credo, “Sanctus”, y “Agnus Dei”, añadiendo antes de la Comunión de los fieles el “Confiteor” y con el sacerdote el “Domine non sum dignus”, a media voz, como lo prescribe el Ritual para la Comunión de enfermos (8); el tercero, es a más de estas partes recitadas en común el seguir en silencio en su Misal las partes variables y no dialogables del Ordinario de la Misa.

Es muy de desear que los fieles que se encuentran ya suficientemente instruidos y han adquirido práctica en los dos primeros grados usen del Misal. Los Devocionarios o “Libros de Misa”, como vulgarmente se les llama, dan una idea general del Santo Sacrificio, pero no pueden enseñar la rica variedad de sus oraciones ni hacer resaltar la parte activa que los fieles tienen en la celebración de la Misa.

El Misal da a la piedad cristiana una sólida base dogmática junto a una inmensa amplitud de pensamiento, ilustra la fe y forma lenta, pero seguramente, las virtudes que orientan la vida. Su uso diario hace recorrer los misterios de la vida del Salvador y a familiarizarse con la lectura de los li-

(8) *Rit. Rom.*, Tít. IV, cap. 4, N^o 16.

bros santos, enseña a educar la sensibilidad y a expresarla en las fórmulas que proceden del Espíritu Santo, desprende del mezquino círculo de una piedad individualista y hace penetrar en el inmenso campo de la vida común de la Iglesia, en su oración oficial.

El uso del Misal da sobre todo el verdadero sentido sobrenatural de la Iglesia, mediadora entre Dios y los hombres, encargada de presentar ante su trono la oración y el sacrificio a nombre de la humanidad y a inclinarse hacia el hombre para comunicarle las gracias que ha recibido de su Divino Fundador.

3. *La Comunión*

Por último debemos recordar que la participación más íntima al Sacrificio de la Misa, es sobre todo, la Sagrada Comunión. La Pastoral Colectiva a que hemos aludido antes, dice a este respecto lo siguiente:

“La misma víctima que ha sido inmolada en el altar, sirve de alimento de nuestras almas y mediante su recepción recibimos plenamente los frutos del Sacrificio Redentor. Teológica, histórica y litúrgicamente la Comunión forma parte del Sacrificio de la Misa”.

Basado en estos principios, el Santo Concilio de Trento formula este voto: “Desearía el Santo Concilio que en cada Misa los fieles presentes no sólo comulguen con el afecto espiritual, sino por la percepción sacramental de la Eucaristía”, voto que renovaba S. S. Pío X en su célebre Decreto *Sacra Tridentina Synodus*, de 20 de diciembre de 1905 sobre la práctica tradicional de la Comunión frecuente y diaria.

Es necesario inculcar la estrecha relación que existe entre la Misa y la Comunión y señalar el hecho que la Comunión forma parte del Sacrificio acostumbrándose así a que dentro de lo posible se acerquen en ese momento de la Misa a recibir a Jesús.

Hay cristianos que ignoran o parecen ignorar que la Comunión no es algo separado de la Misa, sino el medio por excelencia de participar de una manera vital en el Divino Sacrificio. Tanto más buena será nuestra Comunión cuánto mejor nos haga participar al Sacrificio.

III. NORMAS PRACTICAS

Para dar cumplimiento a lo expuesto anteriormente venimos en disponer lo siguiente:

1. Los sacerdotes deberán en sus Iglesias, sean parroquiales o rectorales prepara los fieles a la inteligente participación en la Santa Misa. Igual cosa deberá hacerse en todas las escuelas, colegios y centros catequísticos de la Diócesis.

Esta preparación se hará siguiendo el manual diocesano "Oremus", leyendo y si es posible, comentando la explicación que se contiene en las páginas 53 a la 60 inclusive. Disponemos, que hasta nuevo aviso, todos los Domingos primeros del mes se haga esta lectura al comienzo de la Santa Misa, cuidando de dejar libre el tiempo para la predicación de la homilía que no debe nunca omitirse. En los sitios donde no es posible valerse de un sacerdote puede encargarse de su lectura un seglar de reconocida vida cristiana.

2. En los lugares donde por la escasa formación religiosa de los asistentes se vea que aún no están preparados a dialogar la Misa, ésta se deberá seguir por el "Primer Método" que trae el Manual Diocesano en las páginas 62 y siguientes, cuidando el sacerdote que el "Yo Pecador", los Kiries, el Credo, y el Sanctus se recen en castellano, en alta voz por los fieles y encargando a alguna persona, de preferencia de la Acción Católica, lea al pueblo las oraciones que allí se contienen, teniendo cuidado de ir indicando la página a fin de que todos los que poseen el Manual Diocesano puedan seguirlo. Téngase presente, eso sí, que éste "Primer Método" debe ser una preparación para que cuando el sacerdote juzgue oportuno se pase a la Misa dialogada.

3. Renovamos lo prescrito en la Pastoral Colectiva del Episcopado sobre la Sagrada Liturgia de 15 de octubre de 1936 sobre el rezo en la Santa Misa de oraciones extrañas a ellas que dice así:

"Como práctica que impide a los fieles la participación activa en el Santo Sacrificio señalamos la costumbre que desaprobamos, de rezar públicamente durante la Santa Misa novenas y otras oraciones ajenas al mismo Sacrificio. Por el mismo motivo renovamos la prohibición de que se predique durante una Misa que se celebra en público, sin que ésta, en el momento debido sea interrumpida".

Grabamos la conciencia de los párrocos y rectores sobre el exacto cumplimiento de esta disposición.

4. Donde a juicio de los párrocos y rectores los fieles están debidamente preparados se tendrá la práctica de la Misa dialogada cumpliéndose las siguientes condiciones:

DE PARTE DEL SACERDOTE

a) Pronunciar con voz inteligible y lentamente las oraciones que deben ser respondidas por los fieles;

b) Dejar a los asistentes tiempo para responder;

c) Explicar a los fieles la Santa Misa: su teología, liturgia y práctica;

d) Exhortar a los fieles a tener el Manual Diocesano y animarlos igualmente al uso del Misal enseñándoles su uso;

e) Facilitar a los fieles el calendario litúrgico que se edita anualmente en Santiago (Edit. Splendor), o bien, colocar semanalmente a las entradas

de los templos la indicación de las Misas que corresponden en cada día de la semana (Ordo) o anunciándolo a los fieles de viva voz antes de la Santa Misa;

f) Procurar haya en el templo luz suficiente para leer con facilidad.

DE PARTE DE LOS FIELES

a) Tener el Manual *Oremus* como *mínimum* indispensable para poder participar en la Santa Misa;

b) Aprender bien las respuestas de la Misa comprendiendo su significado;

c) Los grupos que dialogan procuren estar reunidos en un mismo sitio y colocados lo más cerca posible del altar;

d) Tratar de responder uniformemente y con pronunciación clara;

e) *Sagrada Comunión*. Exhortamos a los fieles a que en lo posible se acerquen a recibir la Comunión dentro de la Misa. "Su excelencia le viene del hecho que ella forma parte de la Misa y nos hace participar lo más abundantemente posible a los frutos del Sacrificio de la Cruz" (*Pastoral Colectiva*). El Ritual Romano dispone en su Título IV que "la Comunión, salvo cuando hay causas razonables no se haga fuera de la Misa";

f) *Canto en las Misas rezadas*. El canto sagrado en la Misa debe tener por fin el ayudar a los asistentes a unirse al Sacrificio; en consecuencia, deben eliminarse aquellos cantos que distraen la atención de la Santa Misa, perturban a las personas que desean seguirla y aún más al sacerdote que celebra.

El canto en las Misas rezadas sólo se permite en los siguientes momentos:

a) En el momento antes de comenzar la Misa para preparar las almas al Sacrificio;

b) Después de la Consagración; un canto Eucarístico que debe terminarse antes del Pater;

c) Durante la Comunión de los fieles;

d) Al final: un canto de acción de gracias o en honor de la Santísima Virgen.

* * *

Confiamos fundamentalmente, amados hijos, que al asociarse más íntimamente al Sacrificio Redentor, recibiremos también con mayor abundancia las infinitas gracias que en él se encierran. Aprenderemos ahí a vivir de Cristo, aumentaremos nuestra fe, acrecentaremos nuestra caridad e irradiaremos esa vida divina que en el augusto Sacrificio se nos comunica.

Que la bendición de Dios Omnipotente -| Padre -| Hijo y -| Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca siempre.



PONT. COLLEGIUM P. L. AMERICANO
VIA GIOACCHINO BELLI, 3. ROMA, 12

J. M. G.

Roma, Abril 15. 1925.

Mi querido amigo:

Recibí su cariñosa Carta de febrero último la cual le agradezco muy de veras porque por ella que me obedece a este su amigo que lo recuerda muy a menudo ante N. S. J. en sus oraciones a fin que siga desarrollando para abundantemente sobre Vol. sus gracias y consolidación de cada vez más en su santa vocación.

No sé cuánto celebré la noticia que me da de su devoción a la Bula. Frecista (que el 17 de Mayo será canonizada) pues en esto encuentra en Ella una eficaz intercesora ante Dios sino también un vivo y adecuado modelo para nuestra santificación. Las virtudes que Ella cultiva no fueron otras que la de una humildad profunda y de una confianza limitada en el Amor Misericordioso de Jesús, base indispensable para toda santificación y especialmente para la perfección sacerdotal. Recorrea cada día más nuestra pequeñez y miseria, amoldarnos en la contemplación de nuestros innumerables pecados, comprender, como dice el Apóstol, *quid sint* el sacrificio de la gracia ni el nombre de Jesús poseerlos promercedarios pero tener una confianza muy grande en el Corazón amante de Cristo, que nos quiere salvos, que desea elevarnos a grande altura y no nos da de otra condición que nuestra "libre voluntad" para dejarlo oír. *"Ipse faciet"* Él hará en su obra con tal que no le pongamos obstáculos, que no tengamos otra voluntad que la suya y la cumplamos en el momento presente o sea, preguntarse siempre: ahora, ¿qué es lo que Dios quiere de mí? Cumplamos pues su voluntad, (como habla con un filósofo de la hora en términos filosóficos) *"hic et nunc"* sin ilusionarnos con proyectos futuros o proyectos de santificación para tiempos venideros; todo esto sin agitación ni temor haciendo lo que se puede, el resto déjalo a Dios, y oficiar de nuestra buena voluntad para hacer mucho, que si es imposible realizarlo por la debilidad de nuestras fuerzas sirve para darnos nuevos motivos de humildad. Lo primero mucho y muy grande devoción a nuestra buena Madre, Ella es el camino seguro para ir a Jesús y el secreto para unirse con Él está en hacer todo por medio de María. En Ella María, Con María, Por María y Para María. No he de emitir un dictamen sobre esta devoción que le ruego leer con atención. Los sucesos de Chile de que me habla, me confirman en la idea de que necesitamos más que nunca de los santos y preparados, aprovechar bien sus años de seminarista, abun- de mucha virtud y ciencia para ser después un apostolado del Reino de Dios del Corazón de Cristo, recordando que vendrá a quien pece, porque Él lo quiere. Los mismos acontecimientos últimos serán los caminos de que Él se valdrá, nos purificará por medio del sufrimiento para que seamos mejores, y nos levantará del infierno por medio de María.

¿Qué quiere que le diga de mi estado en Roma? He aquí los últimos lo celebran "Bolo", sin embargo queda tiempo para

Cartas del seminarista Manuel Larrain al seminarista Francisco Gilmore, actualmente Obispo castrense.

* (Continúa 16 páginas más adelante).

OREMOS CON LA IGLESIA, LA ALABANZA DE DIOS (1)
PROLOGO
(1955)

A la gloria de la Trinidad Santísima, entrego este sencillo trabajo que no persigue otro fin que el acercar más a los fieles a la plegaria oficial de la Iglesia y hacerles gustar las riquezas inextinguibles que ahí se encuentran.

La ignorancia religiosa que destroza nuestra edad no será vencida mientras las almas no sean educadas plenamente por la pedagogía sobrenatural de la Iglesia, que es su liturgia.

El sentido de Dios, tan perdido hoy día, no será recuperado, mientras no lo invoquemos con las mismas palabras que El nos entregó para honrarlo.

De ahí que este libro, sencillo y breve, puede, a nuestro juicio, ser una preciosa guía para llevar a gustar ese "gaudium de veritate" (2) de que S. Agustín nos habla.

Junto con entregarlo a mis fieles de la Diócesis de Talca, lo entrego también a todos los seglares de Acción Católica de América Latina, convencido que orando con la Iglesia aprenderán a trabajar con la Iglesia.

LA ALABANZA DE DIOS

"Para que el verdadero espíritu cristiano refllorezca... es necesario buscarlo... en su fuente primitiva e indispensable; la participación activa en los Santos Misterios y en la oración PÚBLICA y SOLEMNE de la Iglesia".

Estas palabras del gran restaurador de todas las cosas en Cristo, San Pío X, han sido la voz de orden que ha promovido en toda la Iglesia el despertar litúrgico, el ansia de ir a beber la piedad en la fuente cristalina de la oración oficial y auténtica que la Esposa de Cristo, en unión con El eleva a cada instante para cantar la gloria de la Trinidad e implorar las misericordias divinas sobre el mundo.

La participación activa en el Santo Sacrificio de la Misa, centro de la vida espiritual de toda la Iglesia, ha ido gracias a Dios, difundándose cada vez más por medio de los Misales traducidos a lengua vulgar y la práctica de la llamada "Misa dialogada" que, lenta, pero seguramente va dando a los

(1) Librito publicado en B. Aires, Ed. Guadalupe. A estas páginas introductorias sigue una parte del Oficio Divino, para ser rezado habitualmente.

(2) tr.: "gozo de la verdad".

fieles el sentido de su lugar y de su acción en el Cuerpo Místico de Cristo. Esta mejor comprensión de la Misa va alimentando la piedad del pueblo, vigorizando su fe y mejorando su vida.

No sucede en igual forma con la liturgia de alabanza, que impuesta a los ministros y aconsejada a los fieles, no es de éstos suficientemente conocida y estimada, privándose así de beber en una de las fuentes más puras de la verdadera y tradicional piedad católica.

El Oficio Divino, es un conjunto de oraciones dispuestas en un cierto orden por la Iglesia para ser cantadas por los fieles unidos a los sacerdotes o recitadas por estos últimos a nombre de ella todos los días. El Oficio Divino encuadra el Santo Sacrificio de la Misa, lo prepara, prolonga y es como un eco, que en los distintos momentos del día, nos recuerda el homenaje de alabanzas y acción de gracias que debemos a Dios.

Se compone de SALMOS, la oración por excelencia brotada bajo la inspiración del Espíritu Santo, de ANTIFONAS, pequeñas fórmulas sacadas generalmente de los mismos salmos, LECTURAS de los libros santos, RESPONSORIOS y ORACIONES apropiados a la fiesta o misterio que se celebra. El Oficio Divino es la Oración Social, la grande y sublime Oración, la Voz solemne de la Iglesia, la expresión auténtica de su amor, de su súplica, de su alabanza, el "Opus Dei", la obra de Dios, como la llama San Benito, LA ALABANZA DEL SEÑOR.

Esta sencilla obrita, cuyo único fin es dar a gustar a los fieles ALGO de lo que en ese divino oficio se encierra, no pretende en ningún modo sustituir las magníficas y completas obras editadas en castellano por los PP. Gubianas y Azcárate, en Barcelona la primera y en Buenos Aires la segunda.

A quienes quieran penetrar más a fondo en la oración de la Iglesia recomendamos vivamente estas dos completas traducciones del Breviario Romano.

Lo único que pretendemos, es dar a conocer a los fieles en vez de muchas fórmulas rutinarias y vacías de sentido, la sublime y tradicional oración y hacer que conociéndola participen dentro de lo posible en la Plegaria Jerárquica de la Iglesia.

La Iglesia tiene SU oración con la cual santifica las diversas horas del día y prolonga por medio de ella los sentimientos que la embargan al ofrecer cada mañana el Sacrificio.

El mundo duerme sumido en las tinieblas, pero el corazón de la Iglesia, Esposa amante, vela entonando su canto de MAITINES. Comienza la aurora a teñir los cielos y el canto de LAUDES santifica el día que se inicia. El sol acaba de aparecer y el rezo de PRIMA recuerda a Cristo verdadero sol de justicia. TERCIA interrumpe un instante los trabajos ya iniciados llevando el pensamiento hacia esa hora en que el divino Espíritu descendió como viento impetuoso sobre la Iglesia naciente en Pentecostés. El sol llega al cenit. El hombre va a descansar y reparar sus fuerzas y la hora de SEXTA aviva sus energías espirituales. NONA nos lleva hacia ese instante en que Jesús "dando una gran voz entregó su espíritu (3). VISPÉRAS,

(3) *Jn.* 19, 30.

la oración vespertina, santifica esta hora en que el sol declina, el trabajo termina, las sombras de la noche comienzan a extenderse y el hombre siente más que nunca la necesidad de elevar su espíritu al Señor. **COMPLETAS**, las verdaderas oraciones de la noche, piden para nuestro reposo la bendición del Señor y hacen que tranquilos nos cobijemos "bajo las sombras de sus alas" (4).

Así la Iglesia en su liturgia de alabanza hace que el trabajo y la oración, la acción y la contemplación se mezclen en forma admirable y cada día sea como el resumen de lo que debe ser toda vida cristiana. Admirable y sencilla pedagogía sobrenatural que va formando lenta, pero seguramente el verdadero "sentido de Cristo" en las almas.

Dar sentido cristiano a la vida, llevar al alma a beber en las fuentes más puras y auténticas de la piedad, señalar en vez de rutinarias formas de oración, las sencillas y profundas de la oración de la Iglesia, tal es el fin de este libro y el anhelo que nos mueve a editarlo.

(4) Cfr. *Sl.* 17 (16), 8.

EL AJUAR LITURGICO.
PONENCIA EN EL CONCILIO VATICANO II (1)
(12 - XI - 1962)

"Eminentísimo Presidente, Venerables Padres y muy queridos Observadores:

Diré unas breves palabras ante vosotros en nombre de algunos obispos, especialmente chilenos, que trabajan en América Latina.

Voy a proponer algunas modificaciones al cap. VI, acerca del ajuar litúrgico.

En la pág. 193, línea 9: Después de "algunas veces se ha introducido la vanidad", añádase "de tal manera que los signos sagrados han llegado a perder su significado espiritual y evangélico."

En la misma página, línea 22, agréguese al final: "conservando siempre con claridad no sólo la sencillez ya mencionada, sino también una sobriedad concorde con el Evangelio."

(1) Texto latino original: *Acta Synodalis Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*. Vol. I. Periodus Prima. Pars II (Congregationes Generales X - XVIII) Typis Polyglottis Vaticanis, 1970, 621 - 623. Traducción del P. Fernando Retamal. Los subrayados son del texto original. Esta es la 17ª Congregación General y en ella se debaten los capítulos finales del esquema sobre Liturgia.

Deseamos además que en el Concilio se emita un voto concebido en estos términos: Ha parecido conveniente a este Sínodo expresar su deseo que se supriman del culto sacro aquellos ornamentos e insignias externas que en nada contribuyen a una digna transparencia y a una sobria belleza, sino que, en cierto modo, se asemejan más bien a la vanidad de tiempos pasados o de una desusada magnificencia o, incluso, de un opulento boato.

Hay muchos motivos que recomiendan esto; me interesa solamente presentaros brevemente los más importantes:

El ajuar y todo cuanto se usa externamente en el culto divino se reduce al género de los signos litúrgicos y, por consiguiente, deben participar de algún modo en el mismo simbolismo sagrado, de tal manera que su uso contribuya realmente a manifestar con mayor claridad el Misterio Pascual de Cristo y a conducir con mayor fruto a los hombres de nuestro tiempo a las realidades invisibles a través de lo sensible.

Para obtener esto, nos parece necesario revisar el ajuar litúrgico de acuerdo al deseo expresado. En efecto:

1. El Misterio Pascual de Cristo, culminación de toda la vida de Jesús, se manifiesta ciertamente por una pobreza verdadera, sensible: verdadera, pues, aunque decorosa: aún más, el Evangelio del Nuevo Testamento proclama constantemente la pobreza, mientras con fuerza y dureza se refiere a los ricos.

El mismo Jesús, hijo del carpintero, en la sinagoga de Nazareth, como narra el evangelista S. Lucas, empezó a anunciar a sus coterráneos que en él se había cumplido la Escritura anunciada por el profeta: "Me envié a evangelizar a los pobres" (2). Por lo demás, en toda la economía de la salvación, Dios hizo cosas grandes poniendo sus ojos en la humildad de sus elegidos.

Aunque estrictamente hablando la pobreza no es una virtud, sin embargo después del pecado original y a causa de la Encarnación del Verbo, es una forma peculiar que acompaña constantemente a la manifestación de Dios en la historia de la salvación, por lo cual, de hecho, en la pobreza conocen los hombres con mayor nitidez y seguridad el rostro de Dios y en la pobreza escuchan su voz con mayor claridad y eficacia. Los más grandes hombres en la historia de la salvación y los momentos más importantes en la vida de la Iglesia, se hallan coronados por el esplendor de la pobreza.

2. Nadie niega que el culto litúrgico debe ser hermoso y digno. Sin embargo, la verdadera belleza nada tiene que ver con el fulgor de las riquezas o el esplendor del boato, sino que es, como enseñaba el gran S. Agustín "el resplandor de la verdad"(3).

La Verdad que hay que manifestar en la Liturgia es el Evangelio de la salvación, o sea la revelación del amor divino, por el cual "de tal manera Dios amó al mundo, que le dió a su Hijo Unigénito" (4), por el cual "el Verbo

(2) *Lc. 4, 18.*

(3) *Cfr. Confesiones, 10, 27, 38; De la verdadera religión, 4, 77.*

(4) *Jn. 1, 14.*

se hizo carne”, por el cual “siendo de condición divina se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo” (5), por el cual Dios “siendo rico por nosotros se hizo pobre, a fin de enriquecernos con su pobreza” (6).

Debemos lamentar que la fascinación de las frivolidades haya oscurecido parcialmente esta sublime verdad, logrando que, lo que debía ser un medio pedagógico para conocer con claridad las inescrutables riquezas de Cristo, insensiblemente se haya puesto al servicio de la vanidad humana.

3. En fin, los signos sagrados deben ser elocuentes para los hombres de nuestro tiempo, no sea que se desvirtúe su papel de signos.

Una gran preocupación de nuestro siglo se vuelca hacia el uso social de las riquezas y busca el desarrollo o progreso de las naciones subdesarrolladas y la victoria sobre la miseria. La Iglesia misma, en nuestra época, llora la apostasía del pueblo, o sea, principalmente de los sectores proletarios.

El oficio de los pastores en esta hora consiste en hacer que el Cuerpo Místico de Cristo en la tierra sea de verdad, como recientemente ha señalado el Sumo Pontífice Juan, “la Iglesia de los pobres”, no sólo como un deseo, sino efectivamente, no sólo en la enseñanza, sino mediante su actuación, sus manifestaciones y el estilo de vida de sus ministros.

Deseamos, pues, que el ajuar litúrgico y *toda* la vestimenta de los ministros de la Iglesia, reflejen mejor al Evangelio, de acuerdo con la decorosa pobreza de Jesucristo y contribuyan así de manera conveniente al anuncio de las cosas divinas.

En tiempos remotos, muy difíciles para la Iglesia, ya fué dicho con gran lucidez: “Está permitido que los hombres sean cambiados por cosas sagradas, pero no las cosas sagradas por hombres”. He dicho”.

(5) *Flp.* 2, 7.

(6) *2 Co.* 8, 9.